

EL LOBO (NOTARIAL) DE LA SEMANA



BLAS PIÑAR

La protesta de Caperucita

A QUI en el bosque es que no ganamos para sustos ni para bragas. Ahora sale don Blas Piñar de su Registro de la Propiedad o lo que fuere y le gritan «¡Búnquer, búnquer!», y púberes canéforas del ultraismo le ofrendan el acanto fascista. No te digo lo que hay.

Bueno, está claro que toda esa cosa tan retórica y tan bien escrita que va aquí arriba la ha puesto el rojo, o sea, al dictado, que me ha hecho escribirlo después de meditar durante una semana, dentro del armario, el discurso del ilustre notario de Madrid en el Morasol, que era un cine que antes te daban sesión continua y podías comer pipas y ver programas dobles de la Silvana Mangano, y ahora te echan seriales de la Ufa, o sea la productora de Hitler, y allí sólo se pueden comer luceros, que es lo que comen los azules, y el programa doble es a base de un notario primero y otro después, o sea, el mismo.

Yo creo que todos estos notarios están locos, o sea, notarios que dan fe de la vigencia del Imperio, cuando ya no hay Imperio

que valga, y lo único que don Blas iba peinado muy recio, todo tirante para atrás, en plan hombre, pero la que armó en el Morasol fue un Palmar de Troya a lo heroico, que por aquí por el bosque han corrido vientos de fronda y céfiros del Tercer Reich, y en lo alto las estrellas. No tienen porvenir, claro, y tienen que saberlo, porque tontos no son. ¿Entonces qué leñe gritan? Parecen romanos de la decadencia, numantinos del último día o saguntinos de enciclopedia escolar Luis Vives.

La leche, qué tios. Se debaten contra los tiempos y encima querían ir al Alcalá-Palace, o sea a purificarlo, que es el cine de Jesucristo-Superstar, Camilo Sesto, el festival de Nuevo Diario y la progresia. Están entorpeciendo la democracia, retardando la libertad, encrespando la Historia y malogrando el presente. Pero siguen con sus insignias, sus escudos, sus peinados, sus gritos y su hombría. El rojo es que se reconcome, subido en la alacena más alta. Ni folgar quiere con la abuela. Ni conmigo, que estoy más puesta. ■ U.



La regañina de la abuelita

E STÁBAME yo en el lecho del dolor, que me había tomado un espasmo reumático tal que aquí por una escarcha rebolluda que me cogió en el bosque, cuando la Caperuza entró desalada por lo del señor don Blas Piñar en el Morasol, que la pobrica presupuso que era trámite de la platajunta y dióse de morros con la piñarada, un IV Reich como aquel que dice, con los alaridos del búnker y el salir a la calle y echar a los liberales a las alcantarillas, qué cosas, don Hermann Goering, qué cosas. Pero ven acá loca le dije tú no ves que pudieron descalabrarte y arrimar aquí a la choza explosivo postal, que la caperuza roja es peor que si te encuerases, hija, y más que me da el pálpito que hablaste de sufragio y urna, que eso es como echar guindas a la tarasca, y que en un santiamén arman una marimorena, o sea, una noche de los cuchillos largos y te quedas tan desvirgada como la madre que te parió, aturdida, que tú no sabes lo que es el fascio cuando entra en erup-

ción. Deja que se esponjen los carlo-magnos, que escarba la gallina y halla su pepita, que tendrán su San Martín, unos chalados que son, hija, que están por darle ricino al mismo Papa y organizar un Lepanto, Jesús, Jesús. Atiende, descas-tada, y no le hagas merced al rojo mientras te hablo, que eso es bellaquería y desconsideración, que esto no es la República, y mira que es menester que nos hagamos todos mitad monje y mitad soldado y en el cielo las estrellas, que los héroes siguen galleando y van flechados a lo del plebiscito clamoroso para que salga otra vez el imperio y la cosa vertical, que dice el señor don Blas que nos tienen envidia los del Mercado Común, esto más crueles hados. Total, que ya estamos en el búnker, como aquel que dice, y tú, hija, olvida las libertades, que por lo menos tú no las conociste, ponte la escoba en la mano y las bragas al húmero que eres mujer española y un beso de amor no se lo das a cualquiera, te digo que vamos de culo. ■ L.